

anhelado. Fuera ya el luto de la esterilidad, pues que puedo vestir el traje rozagante que adorna á la mujer fecunda. Regocíjese conmigo la otra Ana que sufrió los insultos de Fenena, y á vista de este nuevo é inesperado milagro, que ahora en mí se reproduce, alégrese de nuevo al recordar el suyo.

»Regocíjese también Sara, la de Abraham, con su alegría senil, que figuraba también mi esterilidad y tardío embarazo.

»Aplaudan conmigo todas las estériles é infecundas este favor que el Señor me hace de un modo admirable y celestial. Digan también conmigo todas las que han recibido del Señor esta anhelada fecundidad:—¡Bendito sea el que ha concedido esto á las que oran y ha dado prole á la estéril y el germen felicísimo de esta Virgen, que es Madre de Dios según la carne, y cuyo cuerpo es un cielo en el cual se estrechó para habitar el que no cabe en todo el mundo!»

Hasta aquí el cántico que San Juan Damasceno pone en boca de Santa Ana, personificando en ella á todas las matronas cristianas, que al cabo lograron, aunque tarde, la sucesión que anhelaban. Terminado ese cántico sencillito, dirige el Damasceno á Santa Ana una tierna cuanto sencilla plegaria, tomando también el lenguaje bíblico. — «¡Oh, cuán dichosa es la casa de David de donde procedes y ese vientre en que quiso Dios que fuese fabricada el *arca de santificación*, esto es, el cuerpo en que ÉL había de ser engendrado sin generación humana!»

Esto es lo que la Iglesia, la Tradición y los Santos Padres nos han legado acerca de la Santa Familia de donde procedía Jesu-Cristo, y que fué modelo de la otra Santa Familia en que vivió cual veremos más adelante.

Para conclusión no quiero omitir la opinión de Santa Teresa de Jesús, nuestra grande y querida Escritora, acerca de la santa familia de los Padres de María.

Al regresar de Indias su hermano D. Lorenzo de Cepeda había comprado cerca de Avila, una serna ó tierra de labor. Quejábase D. Lorenzo de que el cuidado de la hacienda le quitaba tiempo para la oración y sus devociones. Repréndele la Santa cariñosamente y le dice:—«No dejaba de ser Santo Jacob por entender en sus ganados, ni Abraham, *ni San Joaquín*; que, como queremos huir del trabajo, todo nos cansa (1).»

Por pequeña que sea esta frase de Santa Teresa, no dejarán de acogerla con gusto nuestros lectores, tanto por ser de ella, como por acreditar el concepto de laboriosidad asídua, que tenía ella acerca del Santo Padre de la Virgen María.

(1) Carta 132 del tomo II de las obras de Santa Teresa, pág. 119 de la edición de Rivadeneyra, corregida por mí.

CAPITULO II

CONCEPCION INMACULADA DE MARÍA

Aun no existían los abismos cuando ya estaba Yo concebida



HAY el dogma de la Concepción inmaculada de la Virgen dos puntos de vista muy distintos, que pudieran llamarse subjetivo y objetivo, si hubiera de usarse la fraseología escolástica, que no cuadra con el carácter y tono de esta obra. Consideramos con respecto á ella dos puntos ó momentos importantes, el uno en el decreto de Dios y en su eternidad, antes de la creación del mundo: el otro en el tiempo en que se cumple y en los diversos períodos y evoluciones de este cumplimiento, y según lo llega á conocer y acatar el hombre, hasta el momento en que la Santa Iglesia lo define como dogma y punto de Fe, suceso que honra á nuestra época y á la generación presente. El primer concepto en ese momento de la eternidad corresponde á esta parte de nuestro libro respecto al decreto y su cumplimiento: el segundo relativo á la revelación de este misterio, y su conocimiento y acatamiento por parte del hombre, corresponde á la última parte de la obra. Con él acabaremos precisamente nuestro libro.

En la parte profética hemos visto ya los preludios de este decreto: ahora vamos á ver sus razones y motivos en cuanto puede vislumbrarlos la mente humana, asaz débil é imperfecta para penetrar en ellos, ni menos explicar tan alto misterio, pues si lo explicara dejaría de ser *misterio*. Decidle al ave nocturna que salga de su escondrijo y mire al sol de hito en hito.

Oigamos lo que dice la Sabiduría Eterna, única que puede revelarnos algo y en lo que plugo á ella que supiésemos (Proverbios, 8).

«El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos (1), esto es, antes que las cosas del universo principiaran á seguir su curso, existiendo en su mente divina, cual si ya estu-

(1) *Dominus possedit me in initio viarum suarum ante quam quidquam faceret à principio.* (Proverbios, cap. 8.º) Parece preferible dar la paráfrasis y no la traducción seca y descarnada, que pudiera tomarse de las dos traducciones aprobadas y bien conocidas del P. Scio, ó del Sr. Amat. Es tan conceptuoso el contenido de estas palabras que aun la paráfrasis apenas puede desentrañar todo su sentido.

vieran ejecutadas todas las cosas antes de hacerlas, pues para Dios no hay pasado ni futuro (1)».

Esta ordenación del Eterno con respecto á Mí era antiquísima y de antes que existiera la tierra ¡la tierra, mísero y oscuro planeta en el cual quiso Dios que se verificara este misterio, este gran acontecimiento! Ni aun siquiera existía el caos, ni esos abismos insondables por la vista del hombre en la casi inmensidad de los espacios etéreos, donde no alcanza á descubrir nada la potencia de los mejores telescopios, donde giran planetas cuya luz no ha llegado quizá hasta nosotros, á pesar de estar luciendo desde el momento de la creación... ¡Qué vigor, qué energía tienen esas pocas y al parecer sencillas palabras! *NONDUM ERANT ABYSSI, ET EGO JAM CONCEPTA ERAM.* Aun no existían los abismos cuando ya estaba Yo concebida.

Esos espacios sin espacio que la Sabiduría designa con la palabra *abismos* no podían ser ni los precipicios y hondonadas en la superficie de la tierra, ni las oscuras simas que penetran en sus entrañas, ni las cavernas profundas y de rápidas é insondables bajadas, que la imaginación concibe en los antros de la tierra, donde aun no ha podido penetrar la ciencia cuanto menos la mirada del geólogo. ¿Cómo había de aludir la Sabiduría Eterna á los abismos de la tierra, si aun no existía esta? ¿Y cómo había de existir si no existían el sol, ni las estrellas, ni todo ese gran cortejo de astros mayores, remedo de la *inmensidad*, y solo remedo y no realidad, pues solo Dios es *inmenso*, y la inmensidad es atributo suyo, y esencial siquiera sea negativo?

Los abismos insondables de que se habla aquí al describir la Concepción tampoco eran los espacios etéreos inconmensurables, ni aun siquiera el caos. El caos supone la existencia de una masa confusa oscura é informe, cuando las tinieblas cubrían la faz del abismo (2), pero este *caos* existía después de criar Dios el cielo, esto es; los espacios etéreos insondables é incalculables para el hombre, y los astros mayores, y los menores, y sus satélites, y entre ellos la *tierra*, á la cual con una frase tan inexacta como ridícula y jactanciosa llamamos antonomásticamente *el mundo*. ¡La tierra, grano de arena respecto de esos astros enormes y brillantísimos que pueblan los espacios etéreos, llamada *el mundo*!

Después de hablar de la Concepción, tal cual existía en la mente del Eterno y por su decreto divino con anterioridad á la creación del mundo, de los abismos y del mismo caos, expresa la formación de los montes en la tierra, y el brotamiento de las aguas manantiales. El retórico, el poeta y el naturalista hallan que aquí baja el concepto respecto de la grandiosidad de la frase anterior *nondum erant abyssi*, pero vuelve á tomar fuerza cuando

(1) La eternidad no tiene más que *el ahora*; y Dios lo ve todo en sí mismo, en su *ahora* (*in nunc aternitatis*).

(2) Según la serie de ideas, altamente filosófica, con que Moisés presenta el orden de la creación, primero existió el vacío, en este vacío la materia cósmica, confusa y oscura, que llamamos *caos*, sea en átomos ó en otra forma, y en pos del estado caótico viene el estado de orden providencial que llamamos *Naturaleza*. *In principio creavit Deus cælum et terram.... et tenebræ erant super faciem abyssi.*

añade en seguida:—«Allí estaba yo cuando preparaba los cielos (1). ¡Nada más que *prepararlos*! También estaba allí cuando al criarlos, no con una palabra en que dijera *fiat*, ni con un gesto, *nutus*, sino con uno solo y sencillísimo acto de mi voluntad (*velle, querere*) los criaba, y en el acto mismo de criarlos principiaban á voltear por los espacios etéreos del vacío sin aire, sin atmósfera, y yo regulaba sus giros y sus movimientos y rotaciones combinadas con la ley cierta y segura, más que matemática, precisa, indeclinable, para evitar que se chocaran, convirtiéndose en menudos bolidos, y que los mayores arrastraran hácia sí á los menores con atracción irresistible, y trazaba á todos sus órbitas y graduaba la rapidez de sus movimientos.

Y después de todas estas frases con que el hombre explica lo inexplicable, y Dios revelador adapta palabras humanas á lo que solo pueden expresar los conceptos angélicos, y estrecha la creación, acto sencillo y purísimo, describiéndolo como un artífice distinguido procura enseñar á un aprendiz rudo é ignorante, viene á rematar su grandioso concepto con una frase de inexplicable amor y ternura para con este su discípulo, de entendimiento obtuso, diciéndole:—«Pues bien, mis delicias son el estar con los hijos de los hombres (2).» ¡Oh frase de amor inmenso, que realza al hombre miserable, tanto y de tal modo que solo pudiera ser creída diciéndola quien la dice! El hombre, átomo miserable y diminuto en el orden de la creación, parásito de la tierra, que á la vez es pobre satélite de otro astro, que á su vez no es ni de los mayores, ni de los más bellos, ni de los más luminosos, puede tener atractivos para Dios, hasta el punto de mirarle no como quiera con amor sino con divina fruición y gran delicia! Bien se necesita que lo diga Dios para poderlo creer. Y el mismo Dios había dicho por boca de David: «Lo has hecho poco menos que á los ángeles (3); de gloria y honor le has coronado, constituyéndole sobre las obras de tus manos.»

Todas estas noticias respecto á la creación del mundo, de la tierra y del hombre, son muy posteriores á la concepción de María en la mente del Eterno y la encarnación subsiguiente del Verbo, compendiadas en aquella grandiosa y enérgica frase:—*¡Nondum erant abyssi et Ego concepta eram!*

Pero estas palabras, ¿se refieren á María y á su Concepción? Esta frase dicha por la Sabiduría eterna, á la eterna Sabiduría se refiere. Habla la Sabiduría eterna y dice de sí misma *Yo: Ego jam concepta eram.*

—Pues bien, si á la Sabiduría eterna se refieren solamente, ¿por qué la Iglesia nos las dice, y nos las hace escuchar en la festividad de la Concepción inmaculada, y las lee antes del Evangelio, como Epístola de Dios á los hombres por medio de sus Profetas santos? Si no hay ninguna correlación entre ellas y la festividad, si no hay ninguna afinidad entre

(1) *Quando parabat cælos aderam, quando certa lege et gyro vallabat abyssos: quando æthera firmabat sursum...* (Prov., cap. 8.)

(2) *Et delicia mea esse cum filiis hominum.* (*Ibidem.*)

(3) *Minuisti eum paulo minus ab Angelis.*

una y otra, ¿qué objeto tiene esa lectura, que suscita la idea de la Concepcion de María al hablar de una concepcion, pero que no es la de Esta?

Nada tiene de extraño que la Santa Iglesia halle en una palabra, como en una frase mas de un sentido; y que el pasaje mismo en que se describe la procesion del Verbo desde la eternidad (*In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum*, como dice San Juan), y el decreto de la creacion del mundo y la ejecucion de éste en su estado caótico, y luego de orden, y los dias angélicos, se halle por su autoridad infalible otro concepto y sentido, correlacion y afinidad con la Concepcion de María, que precede á la Concepcion y Encarnacion del Verbo. Tiene la Sagrada Escritura tres sentidos además del literal (1), y nada tiene de extraño que este pasaje aluda alegóricamente á la Concepcion de María, habiendo significado en otro la procesion, ó mejor dicho *procedencia*, del Verbo (2).

—Si esas palabras en algun sentido se refieren á la Virgen María, ¿qué razones pudo haber en la mente del Eterno para decretar de ese modo, sublime y grandioso á la vez, la Concepcion inmaculada de María, explicando esos actos simplicísimos y eminentísimos con la bajeza y tosquedad de nuestras palabras por muy científicas que sean?

Con temor se debe entrar siempre en tales cuestiones: hay algo de orgullo en querer con nuestras pupilas de aves nocturnas mirar de hito en hito á los rayos horizontales y esplendorosos del sol de Justicia. Para no errar tenemos la regla segura de repetir (y nunca se repetirá bastante), lo que nos dice la Santa Iglesia siguiendo la tradicion de los Santos Padres y de personas favorecidas del Cielo con superiores luces.

Escoto, á quien la escuela teológica distingue con el título de *Doctor sutil*, condensa el pensamiento en cuatro palabras, que valen por un tratado.

Potuit, deuit, ergo fecit.

Pudo y convino, luego lo hizo.

PUDO (*potuit*). Dios omnipotente que castigó el pecado original, pudo y puede eximir de esa pena á las criaturas castigadas, y sobre todo á la que habia de quebrantar con su pié, y el de su Hijo, la cabeza de la serpiente. El Derecho dice: quien da la ley la puede quitar (*ejus tollere cujus condere*). En este punto no hay dificultad: seria rebajar la omnipotencia Divina y la condicion de Hacedor Supremo y Legislador soberano, el que no pudiera hacer lo que los legisladores humanos; los cuales al dar la ley ponen excepciones y aun privilegios si les place.

CONVINO (*deuit*). No parecia decente que Jesus, Dios y Hombre, purísimo é impecable, naciera de una mujer que en algun tiempo hubiera estado manchada, siquiera en el

(1) Pónese por ejemplo la palabra *Jerusalen*, la cual si literal y geográficamente significa la ciudad de Palestina que lleva este nombre, en sentido alegórico significa la santa *Iglesia*, en sentido anagógico la *gloria celestial*, y en sentido moral el alma del justo.

(2) Los teólogos españoles han llamado *proesion* á este acto purísimo, traduciendo, en mi juicio demasiado literalmente, la palabra latina *processio*, salvo el respeto debido á tan sabios varones. La cuestion es de *filología* mas que de *teología*.

acto de nacer, ó aun antes de nacer fuera presantificada, como San Juan Bautista. Hay cosas *limpias* y las hay *limpiadas*: lo que en algun tiempo fué impuro, mas bien que limpio se dice *limpiado*. ¿Seria decoroso al decoro de Jesus, que tanto miró por el suyo y el de su Madre, que esta fuese *limpiada*, cuando nada le costaba el que fuese *limpia*?

LO HIZO (*fecit*). Luego si Dios podia dar ese decoro á su Madre, y era decoroso y razonable que lo hiciese, no pudo menos de hacer por su Madre lo que cualquier buen hijo haria por la suya. Por tanto así lo hizo, y María fué concebida sin mancha de pecado original, no solamente en el alma, sino que tambien en la materia de que se formó su cuerpo, y no solo en el momento de la animacion, sino que tambien en el primero de su material concepcion en el útero materno. La frase casi sacramental con que la devocion española fijó esta idea en términos concretos hace tres siglos, y con que los predicadores principian siempre sus sermones, dice así: *Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y la pura y limpia Concepcion de María Santísima, concebida sin mancha de pecado original, en el primer instante de su sér natural: amen* (1).

Pero antes de Escoto, San Anselmo habia concretado aun mas el concepto, y la fórmula escotista, diciendo ya desde el siglo IX, esto es, 400 años antes:

Potuit et voluit, si voluit fecit (2).

Pudo y quiso: si quiso lo hizo. Se ve que la fórmula de Escoto no era original, pero sí mejorada, pues sustituye el *deuit* al *voluit*. Á la verdad, lo difícil era probar que Dios *quiso* (*voluit*) preservar á su Madre Santísima de la mancha del pecado original, pues probado el querer, los otros dos extremos de *poder* y de *hacer* no ofrecian dificultad alguna, puesto que en Dios el querer con la voluntad que los teólogos llaman consecuyente, es lo mismo que hacer. Mas ¿dónde estaban las pruebas de que *quiso*? Eso era lo que habia que probar; y en atencion á esa dificultad Escoto substituyó el *deuit* al *voluit*.

Oportunamente notaba San Bernardo á este propósito del decoro, que la virginidad de María implicaba la Concepcion inmaculada, pues la razon que habia para querer nacer de una doncella, la habia tambien para que esta no tuviese ni sombra de mancilla de pecado: á la verdad mas sórdida es la mancilla moral del pecado, aunque se limpie y purifique bien, que la material grosería de la sensualidad. ¡Oh y cuán exigentes son los hombres mismos en esta parte, para no mirar bien á una mujer que cometió un pecado, por arrependida que se muestre y por mucho que se purifique! «Por eso, dice San Bernardo, quiso nacer de Virgen, para proceder inmaculado EL que venia á limpiar las manchas de

(1) Por un auto del Consejo de Castilla en tiempo de Carlos II, se mandó á todos los predicadores decir estas palabras.

(2) Libro de *Conceptione Beate Mariae*, cap. 4.

La razon que da el Santo tomada de un símil de la naturaleza, á saber, que así como preserva á la castaña de las espinas del árbol donde nace, así pudo preservar como preservó á la Virgen Santísima de las espinas del pecado original, es buena solo para declarar esto al vulgo.

todos (1).» Y si el horror al pecado hizo que no solamente fuera Virgen su Madre sino tambien su propia Concepcion *divina*, ¿cómo había de querer que hubiese mancha de pecado, ni por un momento, en la concepcion de su Madre, ya que la de esta era humana?

La inmaculabilidad del Hijo reclamaba la de la Madre aun mas que la virginidad de esta; de lo contrario era una inmaculabilidad incompleta. La pérdida de la virginidad no es pecado en la casada, y con todo no quiso Dios que su Madre perdiese la virginidad aunque casada: el pecado original es pecado, aunque no sea voluntario en nosotros, sino solo por descender de nuestro primer padre, ó sea voluntario en la raíz; luego era aun mas conveniente que fuese pura de pecado aunque original, que pura por razon de la virginidad.

Tiene Santo Tomás á este propósito una frase tan fuerte, que si no la usara tan gran Doctor es posible que ningun Teólogo se atreviera á usarla, pues dice que la Virgen María, en el hecho de ser Madre de Dios, tiene, no como quiera cierta participacion de lo infinito, sino tambien *algo de infinidad (quandam infinitatem)*. Y si tiene algo de la infinidad, atributo tan poco comunicable á la criatura, ¿cómo no ha de tener una pureza completa y por decirlo así infinita, puesto que la pureza es mas comunicable que la infinidad? Por eso tambien San Agustin ponía en boca de Jesucristo estas palabras contra los maniqueos: «Yo mismo he formado la Madre de que había de nacer. Yo mismo he preparado y purificado el camino de mi entrada. Ved la que despreciais, maniqueos, esa es mi Madre, madre formada por mi propia mano. Si yo he podido ser manchado al formarla, tambien he podido mancharme al nacer de ella (2).»

El medio de que Dios se valió para esta purificacion inmaculada y precedente es un misterio y como misterio no podemos penetrarlo. Si lográsemos penetrarlo y comprenderlo ya no sería *misterio*. La filosofía cristiana arguye y discute sobre ello, pero la verdad es que sus descubrimientos satisfacen poco. El alma sale pura de manos del Criador; la materia por sí sola es incapaz de pecado: una piedra no peca, un cadáver no peca, y con todo, al unirse el alma al cuerpo, el espíritu á la materia, esta mancha al otro, pues el pecado se comunica por la materia, puesto que esta procede de Adán, pero el alma no.

Reducida pues la cuestion teológico-fisiológica á la preservacion de la materia de que se formó el cuerpo de la Virgen al unírsele su alma purísima, ¡cuán fácil debió ser esto á la Omnipotencia! Y ¿porque nosotros no alcancemos el modo hemos de negarlo, siendo así que ni la física logra explicar la mayor parte de los fenómenos mas sencillos que pasan á nuestra vista, ni la fisiología ni la metafísica en su pedantesco orgullo saben la causa de casi nada de lo que en nosotros pasa? Dejémosnos pues de esas cavilaciones, sin

(1) *Voluit itaque esse virginem de qua inmaculata inmaculatus procederet omnium maculas purgaturus.* (San Bernardo, Homilia segunda sobre las palabras *Missus est*.)

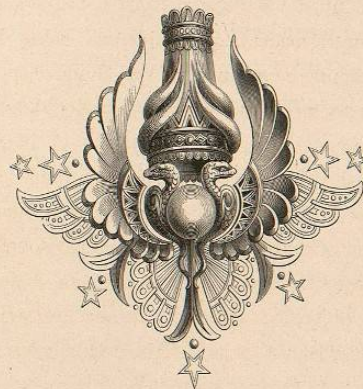
(2) *Beata virgo ex hoc quod est Mater Dei habet quandam infinitatem ex bono infinito quod est Deus.* (Santo Tomás, primera parte g. 25, art. 6., *ad quartum*.) Ya habia preludiado esta idea Alberto Magno diciendo en términos aun mas escolásticos y poco gramaticales: *Filius infinitat Matris bonitatem*, inventando el verbo *infinitare*, el cual, si no es castizo, es muy expresivo.

vituperarlas, puesto que Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres; pero conviniendo en que si no sabemos el modo con que Dios hizo esa preservacion tampoco nos hace falta el saberlo ni comprenderlo para creer y confesar que debió ser cosa facilísima á su Omnipotencia, y conveniente al decoro de la Madre de Dios y de este mismo.

¡Oh! si los padres pudieran arreglar á su gusto los rostros de sus hijos, ¿naceria ninguno feo, cojo, deforme, ni imperfecto? (1)

Ergo fecit, quia potuit et decuit.

(1) *Si potui inquinari cum eam facerem potui in illa inquinari cum ex ea nascerer.* (San Agustin, *De quinque haeresibus*, capítulo 50.)



CAPITULO III

NACIMIENTO DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN: SU NOMBRE

María era el nombre de la Virgen

SIGUIENDO el sistema de consignar lo que acerca de la Virgen nos dicen la Iglesia y los Santos Padres, cuando calla el Evangelio, mas bien que lo dicho por oradores sagrados y otros biógrafos, vamos á ver lo que nos dice el Oficio Divino en las fiestas de la Natividad de la Santísima Virgen, que celebra el día 8 de setiembre, y de su dulce Nombre que se celebra en la octava pocos dias despues.

Del nacimiento de la Virgen ni dice nada el Evangelio, ni habia para qué decirlo. ¿Se escribió acaso el Evangelio como libro de erudicion y para satisfacer la curiosidad humana, ó es un libro de enseñanza altísima teórica y práctica de la vida de Jesus y su doctrina? Aun lo que la Iglesia nos propone en esta festividad respecto á María no termina en esta, sino que mas bien y en casi todo se refiere á su Divino Hijo.

En la primera antífona de maitines nos dice:

—«Hoy ha nacido de la raza de David la Bienaventurada Virgen María.» Y responde el coro: «Por ella apareció á los creyentes la salud del mundo y su vida gloriosa dió luz á su siglo.» Esta idea culminante con distintas palabras y poca variedad en el concepto se viene repitiendo en las demás antífonas.

Toma las primeras lecciones del libro de los Cantares, las segundas de un sermón de San Agustín, las terceras de otro de San Jerónimo y las del rezo en la festividad del Nombre de María las saca de las obras de San Pedro Crisólogo y San Bernardo, devotísimos ambos de la Virgen. Del libro de los Cantares toma pasajes en que se hallan estas expresivas frases: «Suave es tu nombre como el aceite que se derrama.»—«Mirad, hijas de Jerusalem, que si soy morena soy hermosa como los pabellones de Cedar.»—«Bella eres, amiga mía, en verdad que eres bella con tus ojos como de paloma.»

Por su parte San Agustín dice en el sermón de donde saca la Iglesia un fragmento de lectura para celebrar esta festividad: «Llegó ya, queridos míos, el anhelado y venerando

dia, que podemos llamar de María siempre Virgen, ó *Virgen* por antonomasia. Regocíjese pues, con gran júbilo nuestra tierra ilustrada con el natalicio de tan gran Señora; porque esta es aquella flor de los campos de donde brotó aquel precioso lirio de los amenos valles, por cuyo nacimiento se trueca ya la naturaleza de los primeros padres y queda borrada su culpa. Cortóse en ella la infeliz sentencia de Eva, condenada á parir sus hijos con dolor, pues que esta con alegría parió al Señor su Hijo.»

Comenta luego San Agustín este concepto, y comparando también á la Virgen con María, hermana de Moisés, alude á su cántico cual ya se ha hecho anteriormente (1).

Por lo que hace á San Jerónimo, compara las palabras de Isaías con las de San Mateo, que principia diciendo: *Libro de la generacion ó ascendencia de Jesucristo.*—¿Cómo es esto? pregunta San Jerónimo.—En Isaías leemos: «¿Quién podrá narrar su generacion? (*generationem ejus quis enarrabit?*) Mas no vayamos á creer que el Evangelista dice lo contrario que el Profeta, y que vaya aquel á narrar lo que este dice que es inefable. Habla el Profeta de la generacion Divina del Verbo, y el Evangelista de la Encarnacion. Principia, pues, hablando de lo corpóreo ó de la carne.

Curiosa en extremo es la observacion que hace sobre las mujeres que figuran en la ascendencia de Jesucristo y por consiguiente de su Madre. «Es muy de notar, dice, que en la genealogía del Salvador no se cita ninguna de las santas mujeres que podian figurar en ella, sino por el contrario, aquellas en quienes hubo algo que reprender segun la misma; pero esto fué á fin de que el que venia por los pecadores naciendo de pecadores, borrara los pecados de todos ellos. Por eso pone entre los ascendientes á Ruth que era Moabita y á Betsabé (*Bethsabée*), la culpable mujer de Urías.» Antes habia citado á Tamar, la mas culpable de todas.

San Pedro Crisólogo, hablando del nombre de María, al saludarla el Angel, expresa que es nombre de dignidad, pues significa en hebreo lo mismo que en latin *Domina*, ó en español *Señora* (2). Mas San Bernardo, menos apegado al rigor etimológico y adherido al concepto vulgar y encomiástico, lo traduce por *estrella del mar*, frase con que también la saluda la Iglesia en el precioso himno que principia con las palabras:

Ave maris stella.

Decora en seguida San Bernardo su concepto, diciendo: «En verdad que le cuadra este nombre al compararla con la *estrella*; pues así como el astro da rayos de luz sin alte-

(1) Véase el cap. II, pág. 7.

(2) La palabra hebrea María se traduce *Exaltata*, *Ensalzada* ó *Excelsa*, y también *mare amaritudinis*, mar de amargura. Así lo traducen los catálogos de palabras hebreas vertidas al latin que suelen figurar al final de las Biblias católicas. San Pedro Crisólogo en el sermón de la Anunciacion de donde toma la Iglesia las lecciones séptima y octava en el tercer nocturno de la festividad del Dulce Nombre de María, dice estas palabras: *Nam MARIA hebraeo sermone latine DOMINA nuncupatur.*

Que María significa *Estrella*, solo puede decirse en sentido alegórico y bastante remoto de la etimología, en cuanto que significa en un sentido *Excelsa*, con relacion á la estrella, y en otro, *pilógo de amargura*.

rarse, asimismo la Virgen dió á luz á su Hijo sin padecer por ese motivo detrimento alguno. Ni el rayo que del astro sale disminuye su claridad, ni el Hijo la integridad de la Virgen.

»Ella es la célebre estrella que debía salir de Jacob, cuyo rayo ilumina todo el orbe, cuyo esplendor brilla en los cielos, penetra hasta en los infiernos, alumbra á las tierras y les da calor mas aun en la mente que en el cuerpo, fomenta las virtudes y apaga los vicios.

»Ella es, repito, aquella brillante y nítida estrella, realzada necesariamente sobre este grande y espacioso mar, la cual destella por sus méritos y alumbra con sus ejemplos (1).»

Hasta aquí San Bernardo, el cual en seguida en tono patético, y con gran devocion y ternura, exhorta á todos los cristianos en bellísimas frases á invocar el auxilio de María en los riesgos é infortunios del piélago proceloso del mundo y de las tormentas de la vida.

Los escritores místicos suponen, y con fundamento, que el nacimiento de la Santísima Virgen fué comunicado á los Santos Padres, que estaban esperando con ansia la venida del Redentor en aquel paraje llamado *seno de Abraham*, donde, si no padecian pena en los sentidos, tenian el desconuelo de estar privados de la vision beatífica hasta que el Salvador prometido viniese á sacarlos de aquel estado de anhelantes ansias. Sobre el respeto debido á las piadosas plumas que lo consignan, es de creer tambien piadosamente que Dios proporcionase tal consuelo á los Santos Patriarcas y demás hombres justos, que allí esperaban el momento de su felicidad por tantos siglos y siglos esperada. Cuál fuera su júbilo con tan grata nueva, es mas para el poeta y el orador el describirlo que para el historiador y el crítico calificarlo y apreciarlo.

(1) *Loquamur pauca et super Nomine, quod interpretatum maris stella dicitur, et Matri Virgini valde convenienter aptatur. Ipsa namque aptissime sideri comparatur. Quia sicut sine sui corruptione sidus suum emittit radium, sic absque sui lesione Virgo parturivit filium.... Ipsa inquam est præclara et eximia stella super hoc mare magnum et spatiosum necessario sublevata micans meritis, illustrans exemplis.* (San Bernardo en la Homilia segunda, sobre las palabras *Missus est al final*.)



CAPITULO IV

PRESENTACION Y ESTANCIA DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN EN EL TEMPLO

Dos festividades de la presentacion de María en el templo de Jerusalem celebra la Santa Iglesia, la una el dia 2 de febrero, la otra el 21 de noviembre; pero esta segunda es la que principal y casi exclusivamente se titula de la *Presentacion*, pues la otra lleva el título de la *Purificacion*, y en ella la presentacion fué mas propiamente de Jesus recién nacido que de su Madre. Siguiendo el manifestado propósito, se consignará en este caso y en todos, mas bien lo que dicen la tradicion y la Santa Iglesia acerca de la vida de la Virgen, que los conceptos de escritores de estos últimos siglos, sin perjuicio de recurrir á estos en algunos casos. Pero antes y sobre todo es la Iglesia, y los trozos selectos de los Santos Padres que ella nos presenta en el Oficio Divino son superiores á cuanto se pueda decir por los ascéticos antiguos y los modernos filósofos cristianos.

De San Juan Damasceno y de San Ambrosio son los fragmentos que nos exhibe la Iglesia en la festividad de la Presentacion. Una tradicion constante y la institucion misma de esta antiquísima festividad ponen fuera de toda duda que la Virgen María, siendo todavía muy niña, fué conducida por sus santos y ancianos Padres al templo de Jerusalem, á fin de que allí quedase dedicada á Dios y consagrada á las ocupaciones que se daban á las piadosas doncellas que vivían en el recinto exterior del templo santo y recibían allí educacion piadosa y esmerada, puesto que habiéndola tenido en su ancianidad y casi milagrosamente la habían dedicado á Dios.

El gran templo construido por Salomon, maravilla sorprendente por su riqueza, grandiosidad y elegancia, había sido arruinado por los Asirios cuando el pueblo fiel, compuesto de la tribu de Judá y parte de la de Benjamin, los Levitas y Sacerdotes, fué conducido cautivo á Babilonia. Al regresar de allí, por el permiso de Ciro, lograron á duras penas los Israelitas levantar un nuevo templo sobre nuevos cimientos por estar calcinados los restos del antiguo (1); pero aunque grandioso, era tan mezquino en sus proporciones, ornato y demás condiciones respecto al antiguo, que al consagrar el nuevo lloraban los ancianos que

(1) *Fundato igitur à cementariis templo Domini.* (Esdra, cap. 3.º, vers. 10.)